

PQ 7297

.C469

A17

v. 1



BIBLIOTECA

FONDO LITERATURA



APUNTES
BIOGRAFICO - CRITICOS
ACERCA DEL AUTOR

I

El Sr. Lic. D. Rafael Ceniceros y Villarreal nació en la ciudad de Durango, el 11 de Julio de 1855; fueron sus padres Don Pedro H. Ceniceros, en su época notable profesor de música, primer maestro del laureado pianista Don Ricardo Castro, y la señora Doña Desideria Villarreal de Ceniceros. Estudió las primeras letras en la escuela de Don Jesús Centeno, y á los once años de edad entró al Seminario Conciliar, del cual era entonces Rector, el doctor en teología Canónigo Magistral Don Jesús Arrítola. En todos los cursos obtuvo siempre las primeras calificaciones; estudió Teología Dogmática, y ganó, previo examen, el acto público que presentó en el aula mayor de aquel establecimiento. En la clase de Humanidades obtuvo el primer pre-

mio con su composición «La Descripción de la Siembra,» que se conserva en la Secretaría de dicho plantel, escrita de puño y letra del autor. Por mandato del Rector Dr. Don Jesús Arrítola, escribió en tres actos y en verso un drama sagrado, para substituir con él las pastorelas que anualmente se representaban en la fiesta de Navidad; dicho drama, «La Plenitud de los Tiempos,» se estrenó con gran éxito en el mismo Seminario, representado por alumnos de dicho plantel, repitiéndose después año por año, y aún á la fecha suele representarse. También se pusieron en escena, en el teatro de Durango, varias composiciones dramáticas del joven seminarista, que fueron muy aplaudidas, entre otras el drama «Tempestades del Alma,» estrenado por la compañía dramática de Don Antonio Siliceo el 9 de Julio de 1876, y que ha sido muchas veces representado por aficionados en varias ciudades de la República, y al cual, á pesar del buen éxito que obtuvo, el autor llamaba «Tempestad de versos.» Para arbitrase recursos durante sus estudios de facultad mayor, dió la cátedra de latín en el Colegio de Comercio, y abrió un plantel de instrucción primaria con el nombre de «Liceo de Señor San José» al cual concurrieron niños de las principales familias duranguenas, entre otros, los hijos del Lic. Don Rafael Bracho, del Lic. D. Rafael Pescador y del General Tomás Borrego.

En Julio de 1878 presentó en el «Instituto Juárez» su exámen profesional de abogado, y obtuvo el título por unánime aprobación de sus sinodales. Apenas recibido, salió para Zacatecas, atraído por la fama de la entonces opulenta ciudad, y después de luchar contra las terribles dificultades de todo el que empieza una carrera, logró establecerse sólidamente y con numerosa clientela. En 1881 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Fuertes, joven perteneciente á las más distinguidas familias zacatecanas.

II

En medio de las arduas tareas profesionales, se dedicó al periodismo y á la Bella Literatura con el entusiasmo de una vocación verdadera. Fundó, editó, redactó y sostuvo por veinte años el semanario «La Rosa del Tepeyac;» fundó y fué el Redactor en Jefe del periódico científico «La Revista Forense;» escribió un librito dedicado á la educación de sus hijas intitulado «Páginas para mis hijas,» del cual se agotó la edición en breve tiempo; compuso unas fábulas morales que fueron puestas de texto en las escuelas católicas por disposición del Ilustrísimo señor Lic. Don José María Armas, entonces Vicario Capitular de Zacatecas y después Obispo de Tulancingo. Apasionado por la literatura dramática, compuso varios dramas estrena-

dos en el Teatro Calderón con muy buen éxito, y fueron: la comedia en un acto «Proyectos de Matrimonio» estrenada el 25 de Febrero de 1892 por la compañía Ricardo de la Vega, la cual comedia fué traducida al alemán por el señor Barón Othón de Brackel-Welda; «Flores de Invierno,» drama en tres actos y en verso estrenado por la compañía Luisa Martínez Casado el 17 de Septiembre de 1895; «La Tapatía,» drama en tres actos y en verso, estrenado por la compañía Gerardo López del Castillo, el 24 de Julio de 1898, y «El Vengador de la Honra,» drama en tres actos y en prosa, recientemente estrenado por la compañía Evangelina Adams. Fué nombrado miembro del jurado calificador, en los Juegos Florales celebrados en la ciudad de Zacatecas el 14 de Septiembre de 1906. El Ilmo. Don Fr. Buenaventura Portillo y Tejada, tercer Obispo de Zacatecas, le nombró censor de la prensa católica en la diócesis y catedrático de literatura en el Seminario de la Purísima, cátedra que hasta hoy desempeña, y el año próximo pasado fué nombrado por el Rector de dicho Seminario, Canónigo Don José María Huirí, catedrático de curso superior de español. Fué socio honorario del extinguido «Liceo Morelos» de la ciudad de México. Es miembro de la Junta Directiva de la sociedad Científico-artístico-literaria de la ciudad de Zacatecas, y en dicha sociedad ha leído varias composiciones poéti-

cas y dado conferencias literarias en las sesiones llamadas de labor. En el Club Literario-Recreativo de la misma ciudad, del que es socio fundador, inauguró las conferencias literarias, disertando sobre las escuelas clásica, romántica y ecléctica.

III

Con tan excelente dotación filosófica y literaria, vivificada por íntimo sentimiento religioso, el señor Lic. Ceniceros, en el drama, en la novela, en el cuento, representa uno de los pocos cultivadores de las letras, que hacen concurrir todas las seducciones de que éstas disponen, á orientar el alma humana hacia sus supremos destinos, á restaurar en ella las facultades de su divino origen, demasiado mancillado y oscurecido por la contaminación del sensualismo. Acerca de toda la producción literaria del Sr. Ceniceros podría decirse lo que respecto á la de Corneille afirmó un delicado crítico francés, Ernest Legouvé, quien sintetizó así la finalidad de la obra de aquel trágico eminente: «Exaltar el ideal en la belleza moral.»

Y esta elevada tendencia prosíguela el señor Ceniceros sin tomar el tono de la homilía, y sin deformar violentamente la acción para adecuarla á una tésis preconcebida, defecto que se echa en cara al novelista psicólogo Paul Bourget, sobre todo en su intencionada

«Etapa.» Lejos de eso, el Sr. Ceniceros deja que naturalmente corran los acontecimientos, con su vivaz atropello, con su inflexible enlace lógico; y la tesis viene por sí misma, sin que en toda la trama del argumento se note el deseo de formularla é imponerla, sin que en el ánimo del lector se produzca la poca persuasiva impresión de que se le llamó á contemplar un artificioso enredo, una invención irreal que jamás tendrá segundo ejemplo en el curso ordinario de la existencia. Quien así procede, tiene de antemano asegurado el éxito de la lección, como que ésta surge, con gran poder inductivo, no de una supuesta é imaginaria situación, sino de un caso concretísimo suministrado por la experiencia. La obra literaria es entonces algo como la fiel copia de la vida, y de élla se saca tanto provecho como de las consecuencias de la personal conducta. Es vulgar opinión, que corre por ahí cual palmario axioma, que el espíritu católico, con tendencias hacia lo alto, como la llama, jamás podrá salir airoso en los campos de la literatura, principalmente en drama y novela, supuesto que novela y drama se recrean en hacer trasuntos de la naturaleza, y ésta se halla abominada en sus más exúberas manifestaciones por rigurosa sentencia del ascetismo. Contra semejante paradoja, levántase la historia de la literatura universal, y la española en primera línea, en que á las claras está demostrado que la

índole cristiana de los escritores en nada opacó el brillo y la penetración de sus ingenios; y que, lejos de espantarles el tumultuoso escenario del mundo, diéronse á reproducirlo tal cual es, precisamente para destacar la hermosura moral en bien combinado claro-oscuro, á modo del joyero que, para hacer resaltar el vívido fulgor de un diamante, lo engaste en negrísima montadura. La radical diferencia entre un escritor que corrompe y otro que purifica y eleva, no consiste en el mayor ó menor relieve realista de las descripciones, sino en la tendencia que el uno tiene de embellecer lo odioso y repugnante, y la opuesta del otro, en atraerles la condigna aversión. Cuando el honesto y sencilló Salvatore Farina escribía aquellas sus narraciones que le valieron preeminente sitio entre los autores realistas, acostumbraba decir, con finísimo donaire, que un durazno de fragante aroma y aterciopelada película es un objeto tan verdadero como la úlcera pestilente y purulenta; y que él prefería embelesarse describiendo la sazónada fruta á posarse, como mosca tenaz, sobre la hedionda llaga.

A esta escuela que toma el realismo como peldaño para remontarse á la alta idealidad, ha rendido siempre fidelísimo culto el Sr. Lic. Ceniceros. Ciertamente que, cuando termine su carrera,—que se la deseamos muy larga para bien de las letras—no tendrá el amargo sinsabor de recusar ninguno de sus

escritos, ni echar al fuego los que le causen sonrojo y arrepentimiento; pues todos ellos, aun aquellos forjados al calor de la juventud, como el ya mencionado drama "La Plenitud de los Tiempos," no esconden insidiosamente la más leve sugestión al mal, ni un consejo ó un ejemplo que extravíe el recto camino de la conciencia. Y no por ello, lo repetimos, rehuye el espectáculo de las pasiones, ó como dice la malhadada escuela de Zolá, "el documento humano," sino que antes bien reproduce con vivos colores aquel triste espectáculo á fin de que las tempestades del espíritu estallen con todos sus siniestros estruendos, y el alma, amorosamente asida al áncora de la virtud y poniendo las miradas en el cielo, salga ilesa, radiante inmaculada del inminente naufragio: No tiene duda que la pavorosa figura de Satán, es sugestivo elemento dramático para llorar la caída del luminoso Arcángel; pero el error, el punible error consiste en tratar de hermosear y engrandecer la actitud soberbia del espíritu rebelde, supeditándole el espíritu manso y sumiso á la ley divina.

IV.

Ciertamente que el Sr. Ceniceros, en todo lo que su fecundo ingenio ha producido, que ya es muy vario en formas y en intenciones, ni una sola vez ha incurrido en aquella aberración del sentido moral y del estético. Ha

afocado toda la luz, la luz necesaria, para iluminar el abismo de las pasiones; pero no para atraer y despeñar en él á las almas, sino para hacerlas retroceder del borde vertiginoso. En todos sus dramas, plantéase el problema de angustiosa salvación, la redención del alma que transpasa la zona de las tinieblas. En el que intituló "Flores de Invierno," están delineados con firme buril esos tipos rastreros é infames que envenenan el corazón con el hálito de la lisonja, que seducen y dominan á sus víctimas hasta sumirlas en la abominación; y, en verdad que ni un solo rasgo ha faltado para reproducir esas monstruosidades humanas. He allí la sola utilidad que puede tener la exhibición de tales fealdades, indispensables á los fines tanto del moralista como del dramaturgo; pero ¡cuán distinto este recurso de contraste, de aquel que se emplea dando apariencias de grandiosidad á lo que lleva y debe llevar el estigma del envilecimiento! En "La Tapatía" y "El Vengador de la Honra", igual enseñanza procura la intervención de los malvados, é idéntica execración pronuncia contra ellos el ánimo sobrecogido. Y no es parte á que por un instante los admirémos, el que á sus piés caiga la virtud doliente y humillada, pues ésta sale de la prueba más refulgente y hermosa, y todos los que presenciamos su sublime holocausto como que sentimos íntimo impulso de imitar el heroico sacrificio.

Tales son por su elevada y trascendental concepción los dramas del Sr. Ceniceros, que en cuanto á su estructura literaria puede decirse que no se desvían un ápice de lo que el arte preceptúa. Desde luego véñse en ellos las tres clásicas unidades de "tiempo, lugar y acción," que, por más que sean desesperante freno para quienes á ninguno quieren sujetarse, son las eternas condiciones de la verosimilitud, y, por lo tanto, de la fuerza y prestigio de la sugestión dramática. Está en esos dramas bien observada la consistencia de los caracteres; las peripecias corren apretando más y más la angustia del conflicto, y el desenlace hace por fin su explosión cuando ya no había sido posible acumular más anhelos y congojas. La dición, ya sea en verso ó ya en prosa, es limpia y castiza; sencilla sin decadencias á la trivialidad, y sublime, cuando el caso lo requiere, sin afectar ampulósidades. Una sola objeción aventuraríamos, y esto no sin algún temor; y es que parecemos que en alguna de esas piezas es rápida la pendiente del desenlace; y, por otra parte, en algunas quizás se prolongue demasiado la tención patética. Pero, además de que esta personal impresión nuestra pudiera ser falsa, bueno es reconocer que, aún dándola por verdadera, no ha sido causa á que en nosotros amenguase ni la expectación ni la emoción de los trances dramáticos.

Las obras teatrales del Sr. Ceniceros, aun-

que de tantos méritos provistas, no han logrado todavía franquear los coliseos de la Capital, debido quizás al desdén magistral de cierto «trust» de la crítica que sólo entre los íntimos asociados reparte palmas y coronas, á semejanza de aquellos «ingenios de la corte» que zaherían las inmortales comedias de nuestro Juan Ruiz de Alarcón, sólo porque no se ajustaban á los moldes del culturanismo y gongorismo por ellos preconizado. Pero en la provincia, donde no existen esas pretensiones ni esos tribunales inapelables, y sí un gusto literario muy depurado, los dramas del Sr. Ceniceros han causado una profunda y sincera emoción. En *La Enseñanza del Hogar*, semanario de Zacatecas, leemos lo siguiente: "El día de su despedida presentó en escena la compañía dramática Luisa Martínez Casado, el nuevo y magnífico drama del Sr. Lic. Rafael Ceniceros que lleva por título *Flores de Invierno*. Los estrechos lazos de amistad y compañerismo que nos ligan con el autor de la pieza, nos impiden elogiarla como lo merece, porque nuestro juicio podría ser apasionado. Nos contentamos, pues, con hacer constar que el autor fué llamado repetidas veces al escenario, donde recibió nutridas salvas de prolongadísimos aplausos y una lluvia de ramilletes de flores."

Con idénticas ovaciones fueron saludados los dramas "La Tapatía" y "El Vengador de

la Honra," irrefutable demostración de que promovieron una viva emoción de afectos por su fondo psicológico, al que sirve de preciado marco una exquisita forma literaria.

V.

Dotado de flexibilidad el entendimiento del Sr. Lic. Ceniceros y Villarreal, después de haber aspirado los vientos de borrasca que rugen en el corazón humano, con extrema facilidad desciende al campo de la didáctica, en donde brisas suavísimas mecen y olean las florecillas del alma infantil. Y nos da las "Páginas para mis hijas," precioso libro que debiera servir de cartilla escolar, ahora que la educación es "feminista" pero no "femenil." Quiérese lanzar á la mujer al torbellino de las pasiones humanas, á la atmósfera exterior tan saturada de peligrosas emanaciones, arrebatándole de la dulce y fragante estancia del hogar doméstico, en donde ella tiene su reino, consagrado por la naturaleza y la sociedad. Y esto con el especioso pretesto de que, poseedora de toda sabiduría, pueda regir con claro consejo y firme mano á la niñez que despierta á la vida de las ideas y de los sentimientos. Desviadísimo rumbo es éste, erizado de deplorables resultados porque deforma la ingénita disposición de las criaturas, creadas para determinada finalidad. "Si la igualdad de los

" dos sexos—dice Ernesto Leouvé en su " precioso libro *Une élève de seize ans*—"habíase impuesto en nombre de sus semejanzas, las diferencias se imponen en nombre de sus desemejanzas. Estas desemejanzas son esenciales. LAS FACULTADES DE LA MUJER NO VALEN LO QUE LAS DEL HOMBRE SINO PORQUE NO SE LES PARECEN. Sensible como él, su sensibilidad tiene otro carácter; activo como él, su actividad va en pro de otros objetos; llamada como él á ocupar un sitio en la familia y hacer un papel en la sociedad, NO OCUPA EL MISMO SITIO NI REPRESENTA EL MISMO PAPEL. Así, pues, la mujer en nombre de SU NATURALEZA, EN NOMBRE DE SUS FACULTADES, EN NOMBRE DE SUS DEBERES, TIENE DERECHO A SER EDUCADA, TANTO Y TAN ESMERADAMENTE COMO EL HOMBRE, PERO DE OTRO MODO QUE ESTE."

Corremos traslado de estos profundos pensamientos á nuestros pedagogos modernos, que se empeñan en transmutar los que la naturaleza creó como típicamente eterno, en dotar de varoniles aptitudes á seres que nacieron para las gracias delicadas, para el invernáculo recogido y tibio de la familia. Demasiada labor, llena de grandes responsabilidades, la que á la mujer incumbe como madre y como esposa, para echar todavía sobre sus hombros ásperos deberes y serias preocupaciones como son las que impone la vida social en sus múltiples formas, en sus

reñidas competencias. Si el hombre en la política, en las ciencias, en las artes, en las industrias, conquista nombradía y hasta ulterior fama, los lauros que ciñen la casta y serena frente de la mujer, no porque no sean adjudicados en certamen visible, son menos valiosos y menos inmarcesibles. Sus triunfos, aunque menos brillantes, ejercen mayor influencia en los destinos de la humanidad, como que se dirigen á formar almas y caracteres, á preparar generaciones que ensanchen y hermoseen los caminos de la civilización.

Con este sano criterio, está concebido ese florilegio de virtudes femeninas que el Sr. Ceniceros intitula 'Páginas para mis hijas.'

Como para quien son dedicadas estas páginas son castas y delicadas, ricas en ejemplos de pureza moral. Podría decirse que al torrente desbordado se le obliga á volver á plácidos remansos, en donde copie el azul del firmamento y las frondas de los árboles que crecen en las riberas. Así las narraciones de este libro encantador, invitan á la mujer á huir del desasosiego de ambiciones y vanidades y á recogerse en el piadoso albergue de la familia, en donde su temperamento psíquico encontrará las delectaciones para ella predestinadas. ¡Cuán lejos de las pérfidas voces de sirena con que los Paul Bert, los Lavisse, los Compayré atraen para perderla á la juventud femenina! ¡Mil *Suzette* de Mme. Halt no valen lo que una sola

página de las que á sus hijas dedica el Sr. Ceniceros!

No vacilamos en creer que si como texto de moral se adoptasen estas "Páginas," en nuestras escuelas, el "laicismo" que está comprometiendo la vitalidad y los destinos de la Patria dejaría de esparcir sus perniciosas influencias.

Como novelista, el Sr. Ceniceros entra por natural abolengo en la familia ilustre de los que ahondan el alma humana. Las dos que tiene dadas á la estampa, "La Siega" y "El Hombre Nuevo," son dechados de observación. Sincrónicamente se desenvuelven las acciones de cada personaje, entretregiéndose en la trama general con la lógica de causa á efecto. Cuando en familia leímos "La Siega," que el autor nos envió con deferente dedicatoria, al llegar al inaudito padecer de aquel joven, mancillado por vil calumnia, que sereno é incontrastable, acepta el supremo dolor de la pérdida de su honra y de su fortuna, los sollozos sofocaron la voz en nuestra garganta, y ya nos fué imposible leer, bien que, aunque hubiéremos leído, no habríamos sido escuchados, pues un punzante enternecimiento sobrecogía á nuestro auditorio. No pudimos menos de recordar aquel episodio de la *Grazielle* de Lamartine, en que éste lee á la gente sencilla de rústico hogar, el infortunio de Pablo y Virginia, y en que se ve obligada á suspender la recitación por-

que tanto él como sus oyentes sollozaban y lloraban, y con el ánimo del todo sobrecogido ya no podían oír más. No hemos tenido oportunidad de leer "El Hombre Nuevo," pero asegúranos persona competente que nada desmerece á "La Siega," y que hasta pudiera aventajarle en finura de observación y dramática energía.

Y luego, cuando ya no podemos de emoción, el Sr. Cenicero, á la manera de Jorge Isaacs nos ofrece para que nos serenemos, un paisaje risueño ricamente matizado de color regional. Estas descripciones son inimitables, porque en cuatro ó cinco rasgos trazan el aspecto de las cosas, y no descienden á nimios y profusos pormenores, como suele acontecer á los escritores de la escuela realista pura, por ejemplo, á los Goncourt, y algo, á veces, á Alph. Daudet. Estos nuestros juicios desautorizados acerca de la preclara estirpe de novelistas á que el Sr. Ceniceros pertenece, cobrarán el valor que no tienen acompañándolos de los que han formulado escritores de gran notoriedad. En este punto, el Sr. Ceniceros posee abundantes homenajes, que son su más limpia ejecutoria. Trasladaremos algunos de ellos.

Pero como esta preciosa novela forma parte de este primer tomo que hoy publicamos los lectores podrán juzgar por sí mismos del mérito literario de esa obra.

Desde luego, la eminente polígrafa coruñe-

sa Doña Emilia Pardo y Bazán, experta en estos achaques de noveladora, pues muchas y muy palpitantes novelas tiene en su inventario, escribe al Sr. Lic. Ceniceros, con fecha 13 de Agosto de 1906, acusando recibo de un ejemplar de "La Siega:" "Mil gracias por el envío de su preciosa novela "La Siega." Lo que más me interesa en ella es la pintura de las costumbres de una región que tanto tiene de española y que aquí desconocemos enteramente en este aspecto tan sugestivo." Aunque breve la apreciación, es valiosísima, en primer lugar porque viene de un príncipe, ó sea de una princesa de las letras españolas, y, además, porque recae precisamente en el mérito que singulariza á esa escritora entre los contemporáneos, es decir, el colorido y animación de sus descripciones.

Más extenso y más efusivo es el parecer del Lic. D. José López Portillo, peritísimo literato y humanista, que también ha sorteado los escollos de la novela social y descriptiva. Dice así: el renombrado autor de "La Parcela," en su académico discurso acerca de la Novela, leído ante la Academia mexicana correspondiente de la Lengua de Madrid. "Don Rafael Ceniceros y Villarreal se nos revela en "La Siega" escritor fino y atildado y observador profundo." Además, en carta de 18 de Junio de 1906 escribe al autor: "En estos momentos, que son las ocho de la noche, concluyo la lectura de "La

“Siega,” y en el acto, con positivo entusiasmo y con toda la sinceridad de que soy capaz, tomo la pluma para felicitar á vd. muy calurosamente. El libro de vd. me ha interesado vivamente, tiene páginas encantadoras y despierta honda emoción en sus pasajes culminantes. Está impregnado de la vida nacional, es fruto de la verdad y de la observación y una nueva nota triunfal de nuestro progreso.—Coincidimos vd. y yo en muchas ideas capitales, lo que tengo á alta honra; esto debe haber contribuído á despertar mi simpatía hacia su hermosa composición. Mente alta, corazón sano, nobles ideales y pluma encantadora; no puede pedirse más á un escritor.”

Por último, el delicado poeta Sr. Lic. D. Ignacio Pérez Salazar, últimamente nombrado Arcade de Roma, dice así en carta que escribió al Sr. Ceniceros, el día 13 de Agosto de 1907: “Ahora en un interregno de descanso en mis trabajos de la magistratura, he podido saborear las bellezas de su obra. A la animada descripción de las costumbres nacionales, como la corrida de toros, la kermesse en el día de la Patria, las posadas, la fiesta de Mayo á Ntra. Señora, ante la imagen de ‘La Preladita,’ se une la pintura de personas cuyos caracteres están perfectamente delineados, haciéndolos interesantes, como lo es también la trama de la obra, al grado de causar tristeza la

“pronta conclusión de su lectura. A lo castizo y agradable del estilo, se aduna el fin sano y moral del relato. Compíte, sin duda, con ‘La Calandria’ de nuestro académico Rafael Delgado.”

Estas múltiples facultades del Sr. Lic. Ceniceros y Villarreal, le dan alta representación en una galería de distinguidos hombres de letras, y por eso no hemos vacilado en incluir su nombre y sus obras en esta biblioteca de autores que hace algunos años estamos compilando.